

super omnes, et per omnia, et in omnibus nobis: qui est benedictus in secula seculorum. Amen.

«Los efesinos, antes de su conversión á la fe de Jesucristo vivían abandonados á sus pasiones, y divididos entre sí por eternas disensiones. S. Pablo les exhorta mucho en esta Epístola á la mortificación de las pasiones, á la unión y á la caridad fraterna.»

REFLEXIONES.

No hay mas que una fe. Nosotros creemos lo que creían los primeros cristianos; creemos lo que han creído los santos, y lo que han creído les ha hecho santos. Nuestra religión no se ha alterado ni en el dogma, ni en la doctrina, ni en la moral. La fe es la misma, el mismo el objeto de la fe, las mismas verdades de la fe, los mismos misterios. La fe no envejece, no está sujeta ni á la vicisitud de las cosas humanas, ni á las revoluciones, ni á las mudanzas. Todo se altera en la sucesión de los tiempos, todo se debilita. Las monarquías nacen, tienen su apogeo, y se ven en seguida su declinación. Todas las cosas tienen sus edades, y todo camina á su fin. Solo la fe de la Iglesia es invariable. Los pueblos pueden perder la fe; pero la fe nunca pierde nada por el desarreglo y la apostasía de los pueblos. Las costumbres pueden corromperse; pero la fe de la Iglesia es inalterable. Ella ha visto nacer y morir todas las herejías y todas las sectas. Los astros mas brillantes del mundo cristiano pueden eclipsarse; las mayores lumbreras de la Iglesia pueden extinguirse; las luces, empero, de la fe son siempre puras. Las tinieblas del error ofuscan la claridad del entendimiento; mas con respecto á la fe no son á lo mas sino como las nieblas y las nubes mas espesas con respecto al sol, no pueden empañar su resplandor. La noche no es mas que para aquellos que han perdido de vista este hermoso astro; y si en él aparecen alguna vez manchas, estas no están mas que en los ojos; jamás en el sol. La fe es una, y no puede haber nunca mas que una fe, así como no hay mas que un solo Dios, un solo soberano Señor, un bautismo. ¡Qué desgracia para todos los herejes! Solo en la Iglesia católica, apostólica, romana, es en donde reside esta fe. Para perder la fe no es necesario no creer nada; basta errar en un solo punto en ma-

teria de fe para no tener esta fe, que no siendo mas que una é indivisible, no puede sufrir ni duda, ni perplejidad, ni escepcion. Esta fe es la que desde el tiempo de los apóstoles ha hecho que se despojen de sus bienes á tantos fieles, y ha prohibido el apego á los bienes de la tierra á todos los cristianos. Esta fe es la que ha declarado una guerra eterna á todos los sentidos, y la que ha vencido al mundo. Ella es la que ha hecho tan generosos á tantos millones de mártires, y la que ha poblado los desiertos y los claustros de tantos penitentes fervorosos. Esta fe es la que aun da todos los dias tantos santos á la Iglesia. La fe no es mas que una, y esta fe es invariable; ¿es acaso esta la fe de las gentes del mundo, de esas personas tan flojas en el servicio de Dios, de esas personas cuyas costumbres, cuyos sentimientos, cuya conducta corresponden tan poco á la santidad y á las máximas del Evangelio? ¿esas gentes tan poco devotas, tan poco fervorosas, tan poco religiosas, que llevan una vida tan poco inocente, tan poco cristiana, tienen esta fe?

El Evangelio de la misa es lo que sigue del de S. Mateo, capítulo 22.

In illo tempore: Accesserunt ad Jesum pharisæi, et interrogavit eum unus ex eis legis doctor, tentans eum: Magister, quod est mandatum magnum in lege? Ait illi Jesus: Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua. Hoc est maximum et primum mandatum. Secundum autem simile est huic: Diliges proximum tuum, sicut teipsum. In his duobus mandatis universa lex pendet, et prophete. Congregatis autem pharisæis, interrogavit eos Jesus, dicens: Quid vobis videtur de Christo? cujus filius est? Dicunt ei: David. Ait illis: Quomodo ergo David in spiritu vocat eum Dominum, dicens: Dixit Dominus Domino meo: Sede à dex-

En aquel tiempo: Se reunieron los fariseos cerca de Jesus; y uno de ellos, que era doctor de la ley, le preguntó con el designio de sorprenderle: Maestro, le dijo, ¿cual es el mandamiento grande en la ley? Dijole Jesus: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu entendimiento; este es el mas grande y el primer mandamiento. Mas hay el segundo semejante á este: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. Toda la ley y los profetas se reducen á estos dos mandamientos. Como se hallasen allí reunidos los fariseos, les hizo Jesus esta pregunta: ¿Qué pensais de Cristo? ¿De quién es Hijo? De David, le dijeron. ¿En qué con-

tris meis, donec ponam inimicos tuos scabellum pedum tuorum? Si ergo David vocat eum Dominum, quomodo filius ejus est? Et nemo poterat ei respondere verbum: neque ausus fuit quisquam ex illa die eum amplius interrogare.

siste, pues, les replicó, que David inspirado le llama su Señor, diciendo: El Señor ha dicho á mi Señor: Siéntate á mi diestra hasta que yo haga de tus enemigos el escabel de tus pies? ¿Si, pues, David le llama su Señor, cómo es que es hijo suyo? Y ninguno podia responderle una sola palabra, y desde este dia nadie se atrevió á preguntarle mas.

MEDITACION.

De los defectos que se hallan en el amor que nos lisonjeamos tener á Dios.

PUNTO PRIMERO. — Considera que la mayor parte de los cristianos solo se aman á sí mismos, cuando mas se lisonjean de que aman á Dios. Nada hay que sea mas ingenioso para disfrazarse que el amor propio; toma toda suerte de nombres y de máscaras; unas veces es fervor, caridad, justicia; otras es devocion, zelo, y aun se presenta con frecuencia bajo el titulo tan respectable de amor de Dios. Nunca está el amor propio mas tranquilo que cuando está vestido con estas máscaras; la virtud le sirve siempre de abrigo.

Pero ¿es fácil el engañarnos con él? El amor de Dios tiene un carácter inimitable: es puro, desinteresado, generoso, constante, enemigo de las pasiones, dulce, paciente, mortificado, humilde. Y cuando uno es orgulloso, inmortificado, impaciente; cuando no tiene mas que relámpagos de fervor, caprichos de devocion; cuando no busca mas que sus propios intereses, su satisfaccion, su propia gloria, ¿se ama á Dios?

Hay personas que hacen profesion de amar á Dios, y que jamás están de mas mal humor que cuando le sirven. Desazonados, inquietos, impacientes, hasta coléricos, cuando se lisonjean de amar mas á Dios; los dias de devocion y de fiesta no son para ellos los mas serenos, ni los mas tranquilos. Diríase que los ejercicios de piedad irritan su mal humor; y personas tan imperfectas ¿pueden lisonjearse de que aman á Dios?

Los efectos mas ordinarios del amor de Dios son una dulzura inalterable, una humildad sincera, una paciencia á prueba de

todo; las adversidades le escitan, el fuego de la persecucion le abrasa, la mortificacion le nutre. Es un error el pensar que el amor de Dios ignora los deberes de la civilizacion y del decoro; no hay cosa que inspire tanta atencion, caridad y aun cortesia como la verdadera piedad.

Los enfados nacen de un corazon agitado é inquieto: el amor divino tranquiliza el corazon, y derrama sobre él una uncion interior que le ablanda, le endulza, hasta hacer al espiritu dócil y flexible. Esta resignacion perfecta á la voluntad de Dios, esta alegría espiritual es el fruto necesario del amor divino: la paz del alma que produce la inocencia, es la que causa la igualdad de humor, la dulzura inalterable, la generosidad, la magnanimidad de ánimo, la reunion de virtudes en todos los que aman verdaderamente á Dios. Tales son las señales del verdadero amor de Dios. Y ¿reconocemos por ellas el nuestro? ¿amamos á Dios con rectitud, con perseverancia, con fidelidad? ¡Dios mio, qué de ilusiones hay en la devocion!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que en materia de devocion y de amor de Dios se toman muchas veces los conocimientos y las luces del entendimiento por los sentimientos y los ardores del corazon. Conócese cuan amable es Dios, estrañase aun cuan poco amado es, y embelesados con tan justos y pios sentimientos nos imaginamos que le amamos. Muchos se engañan, y algun dia se sorprenderán al ver y conocer que su amor de Dios no ha consistido mas que en la idea; el corazon conserva su dominio independiente del del entendimiento.

Conócese que Dios merece ser amado; confiéscase que es menester ser muy ingrato para no amar á Dios; pero por haber pensado y hablado así ¿se puede decir que se le ama? Nuestro propio corazon nos desmentiria al instante. La caridad es paciente, dice S. Pablo (2. Cor. 32.), está llena de bondad. La caridad es zelosa, no hace nada fuera de tiempo, no se hincha; no es ambiciosa, no busca sus propios intereses; no se irrita; no piensa mal de nadie; no se alegra de la injusticia ni del mal de otro; se alegra sí de aquello que es segun la verdad, y de la prosperidad de sus hermanos; es dócil, humilde, graciosa, constante. ¿Reconocemos nuestra devocion y nuestro amor á Dios en este retrato?

Amamos á Dios, decimos, de todo nuestro corazon, porque este es el primero de todos los mandamientos y la base de todos los demás; y no podemos sufrir nada por amor de Dios: amamos á Dios, y no amamos á nuestro prójimo y le tratamos con

aspereza, y no podemos reconciliarnos con nuestros hermanos. Amamos á Dios, y en cien ocasiones violamos sin remordimiento las órdenes de Dios; preferimos nuestras inclinaciones á la voluntad de Dios; sacrificamos los intereses de Dios, nuestra conciencia, nuestra religion, á nuestros propios intereses, á nuestras pasiones, á nuestra gloria. Amamos á Dios: ¿sostendremos esta proposicion en el tribunal de Dios? Si fuese amar á Dios, amar los honores, los placeres, amarse á sí mismo, muchos podrian decir que aman á Dios; ¿y no seriamos nosotros de ese número? Consultemos mas bien á nuestras obras que á nuestros sentimientos y á nuestros conocimientos. Es menester poderle decir á Jesucristo como S. Pedro: Vos sabeis que os amo; vos que no podeis engañaros, conoceis que mi corazon está abrasado de un vivo y ardiente amor á vos: es menester que nuestra humildad, nuestra paciencia, nuestra dulzura, nuestra mortificacion, nuestra caridad con el prójimo, nuestro fervor, nuestra perseverancia, puedan decirnos á nosotros que amamos á Dios; cualquiera otro testimonio sobre este punto es sospechoso. Dios mismo apenas entiendo otro idioma.

¡Ah Señor! ¡cuánto tiempo he vivido en el error, lisonjeándome de que os amaba! mis defectos tan multiplicados y tan groseros hubieran podido abrirme los ojos y descubrirme la ilusion, si ella hubiese sido menos voluntaria; pero pues que os dignais concederme la gracia de que conozca cuan poco os he amado hasta aquí, concededme la de que os ame con todo mi corazon desde este momento.

JACULATORIAS. — ¿Quién nos separará jamás del amor de Jesucristo? ¿será la tribulacion ó la angustia? (*Rom. 8.*)

Estoy seguro que ni la muerte, ni la vida, ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios, que está fundado en Jesucristo nuestro Señor. (*Ibid.*)

PROPOSITOS.

1 El amor de Dios no estuvo jamás ni ocioso, ni flojo; encuentra ejercicio hasta en el reposo. Este fuego sagrado que el Salvador ha venido á traer á la tierra se estingue desde que deja de obrar. Es preciso que caliente, que ilumine, que abra. Un corazon frio, un entendimiento ciego, una alma sepultada en sus imperfecciones están poco abrasadas de este divino amor. Magdalena calla postrada á los pies del Salvador; pero los riega con sus lágrimas, los enjuga con sus cabellos, los besa y los frota con el

licor oloroso. Es menester que las obras digan que se ama á Dios; cualquiera otra voz se oye poco. El amor divino allana todas las dificultades, ó á lo menos las sobrepaja. Los que niegan á Dios cien pequeños sacrificios que les pide, ¿pueden decir que le aman? Tengamos hoy mismo el consuelo de probarnos á nosotros mismos que amamos á Dios. Veamos qué es lo que nos pide tanto tiempo hace: nuestro director, nuestro propio corazon, nuestra conciencia nos lo dicen bastante: no nos apuremos por hallar una materia de sacrificio. Dios nos pide que le sacrifiquemos aquel pequeño resentimiento, aquella partida de placer, aquella pasion al juego, aquella visita poco necesaria, aquel refinamiento en la compostura, etc. Postrados en este momento á los pies de nuestro crucifijo, digamos á Dios que por su amor vamos á ver hoy mismo á aquella persona á quien mirábamos con frialdad; que queremos privarnos de aquella visita, de aquella reunion, de aquel juego; que le hacemos el sacrificio de aquel adorno, y que esto lo hacemos para probarle que le amamos; mañana nos será fácil darle alguna otra prueba.

2 Las personas que hacen profesion de piedad no deben omitir esta práctica. Si las víctimas que tienen que inmolar no son de gran valor, no son por eso de menor mérito, y muchas veces cuesta mas el sacrificarlas. No es, por ejemplo, una reunion mundana, una pasion por el juego, un resentimiento, una gala; pero será un apego á un mueblecillo poco conveniente ó superfluo; una pequena indiferencia ó frialdad, efecto ordinario de una envidia secreta; será una ligera inmortificacion ó defecto de educacion, una groseria del natural, una desigualdad de humor, una falta de mansedumbre, una delicadeza escesiva. Determinemos hoy cual de estas víctimas queremos degollar, y sea hoy este pequeño sacrificio la prueba de nuestro amor á Dios y de nuestro zelo. Un espejo, un adorno del aposento ó de la cama, ciertos muebles demasiado curiosos causarán no poca pena á la hora de la muerte á personas religiosas, que hubieran podido á poca costa adquirir un mérito para con Dios privándose de ellos durante su vida.